



John F. Kennedy ante la realidad social y económica de Latinoamérica

Nace la alianza para el progreso

Por Arthur M. Schlesinger, JR.

En un principio no se vio claramente cuál sería mi verdadero papel en el gobierno de John F. Kennedy. Los primeros días que pasé en la Casa Blanca como Ayudante Especial sin deberes concretos, fueron inciertos y confusos. Al llegar el fin de semana el Presidente me dijo que George McGovern, entonces director del programa de Alimentos para la Paz, iba a salir para la América Latina con objeto de tratar con los gobiernos de la Argentina y el Brasil problemas relativos a la alimentación. Como era la primera misión que enviaba a esa región, agregó el Presidente, deseaba demostrar su interés personal por los problemas hemisféricos enviando a un funcionario de la presidencia. Y conociendo mi interés por la América Latina, se le

ocurrió que tal vez fuera yo la persona más indicada. De otra parte, en los sectores intelectuales latinoamericanos existía la idea de que EE.UU. era una nación reaccionaria y materialista, y quizás mi presencia en la misión pudiera con vencer a algunos de que las cosas habían cambiado en Washington. Le interesaría en especial, subrayó, todo lo que de manera discreta pudiera descubrir en cuanto al estado de ánimo de los latinoamericanos con respecto a Castro.

Mi interés por la América Latina databa de antiguo. Había comenzado 20 años antes, en la Oficina de Servicios Estratégicos. Como redactor del boletín semanal de información reservada, me correspondía sintetizar y reproducir informes presentados por los je-

fes » de las secciones regionales de la División de Investigación y Análisis. Eran, en su mayoría, documentos objetivos y eruditos, pero los informes del jefe de nuestra sección de América Latina revelaban, a mi entender, un evidente prejuicio comunista. A fin de verificar si eran ciertas mis sospechas, comencé a seguir de cerca los asuntos latinoamericanos, y pronto me vi rechazando esos informes netamente tendenciosos y substituyéndolos por las notas que yo mismo hacía sobre los acontecimientos en esa región.

La confrontación decisiva se produjo a raíz de la interpretación de la Revolución de 1943 en Bolivia. Los informes de la sección de América Latina, fieles a las consignas comunistas del momento, presentaban al levantamiento del Movimiento Nacional Revolucionario (M.N.R.) contra el gobierno aliadófilo conservador como un simple golpe de estado pro nazi. Parecía algo más complejo que eso y, reforzada mi impresión con las que recogí de latinoamericanos en Washington, le describí, a mi vez, como una explosión social de carácter revolucionario, contra una situación económica intolerable y un gobierno dominado por los propietarios de las minas de estaño. El jefe de la sección protestó, y yo recibí instrucciones de usar en adelante los informes de la sección de América Latina o no publicar ninguno. Esta decisión fue tomada por razones burocráticas perfectamente normales, pues era evidente que no podría mantenerse el orden si el redactor del boletín semanal estaba en libertad de sobreponer su criterio al de los expertos. Sin embargo, a la larga tuve la satisfacción de saber que Maurice Halperin, el jefe de la sección de América Latina, estaba realmente afiliado al

Partido Comunista y, después de la guerra, se refugió detrás de la Cortina de Hierro.

Esta incursión en los asuntos latinoamericanos me hizo ver una notable omisión de la política del "Buen Vecino", de Roosevelt. Desde luego, éste había revolucionado las relaciones interamericanas. Su afirmación de la "no intervención" y de la igualdad jurídica de todas las repúblicas americanas, así como la implantación del New Deal (Nuevo Trato) en

el ámbito nacional, habían hecho que por primera vez la América Latina se dispusiera a confiar en la guía de los EE.UU. La visible preocupación de Roosevelt, Cordell Hull, Sumner Welles, Adolf Berle y otros, había creado lazos de confianza—de afecto casi—sin precedentes en la historia

del Continente. Sin embargo, a pesar de que los latinoamericanos confiaban en Roosevelt como paladín de la reforma democrática, entre otras cosas la política del "Buen Vecino" en sí no exigía la extensión del Nuevo Trato a la América Latina, sino que era de carácter primordialmente diplomático y jurídico. Salvo en el caso del Banco de Exportación e Importación, carecía de perspectiva económica. Y en cuanto al aspecto político, Roosevelt incluso encontró esa política compatible con la cordialidad personal hacia los dictadores latinoamericanos.

Durante la guerra, Nelson Rockefeller, en calidad de coordinador de la Oficina de Asuntos Interamericanos, comenzó a desarrollar los aspectos económicos de la política del "Buen Vecino" con el primer programa de asistencia técnica. Fue un alentador punto de partida, que demostraba imaginación, pero después de la guerra quedó abandonado (por lo menos como esfuerzo oficial, pues

‘El mar de fondo de una masa descontenta y sin voz’

Rockefeller, por su parte, trató de continuarlo privadamente de diversas maneras). El gobierno de los EE.UU., preocupado primero con la reconstrucción de Europa y luego con la Guerra de Corea, se olvidó de la América Latina, error en que incurrieron los dos partidos. Demócrata y Republicano, y que mantuvieron con igual fidelidad el gobierno de Truman y el de Eisenhower. De 1945 a 1960 un solo país—y para más, un país comunista—, Yugoslavia, recibió más fondos de EE.UU. que todos los países latinoamericanos juntos.

Yo era de los que seguían con creciente preocupación ese estado de cosas. En 1946 escribí en un artículo para la revista *Fortune*: "Por toda la América Latina, las viejas oligarquías—terratenientes, Iglesia y Ejército—están perdiendo su dominio. Hay un mar de fondo formado por el descontento de las masas sin voz: peones, indios, mineros, trabajadores de las plantaciones, obreros de las fábricas, clases que han sido oprimidas hasta lo insoportable y que ahora se acercan a un estado de rebelión." ¿Cuál debería ser la política de los EE.UU.?" "Muchas facetas del complejo problema sudamericano—observaba el artículo—no son accesibles a la política estadounidense, pero hay una que lo es, la económica, y una forma en que EE.UU. puede hacer algo para contener al peronismo y al comunismo es planear y ejecutar medidas propias bien coordinadas para contribuir a resolver el malestar económico en la América Latina ... Ahora debemos perfeccionar y extender las conquistas logradas durante la guerra en los campos de la industrialización, la nutrición, la sanidad y la educación." Añadía que "el apoyo más digno de confianza que tenemos en la América Latina" provenía de los partidos democráticos progresistas como el A.P.R.A. (Alianza Popular Revolucionaria Americana) en Perú, la Acción Democrática en Venezuela y el ala izquierda del Partido Liberal en Colombia.

En 1950, la Asociación Interamericana Pro Democracia y Libertad invitó a un número de políticos e intelectuales de Norte y Sur América a una conferencia que se celebró en La Habana. La Asociación estaba dirigida en Nueva York por una mujer entusiasta, Francés Grant, que durante muchos años ayudó a los demócratas latinoamericanos—era enérgicamente anticomunista y antifascista—, los aplaudía cuando estaban en el poder, los apoyaba cuando estaban en el exilio—cosa que sucedía la mayor parte del tiempo—, y hacía cuanto estaba a su alcance por abrir los ojos de los sectores liberales norteamericanos a la existencia de tierras en ebullición hacia el Sur. En la delegación de EE.U U. a que pertenecí, figuraban personas como Clifford Case, después senador por Nueva Jersey; Chet Holifield, el representante por California; Norman Thomas [el dirigente socialista]; Walter White, de la Asociación Nacional para el Adelanto de la Raza Negra; Serafino Romualdi, de la Federación Americana del Trabajo; Roger Baldwin, de la Unión Norteamericana de Libertades Cívicas; y James Loeb Jr., del grupo de los Americanos para la Acción Democrática.

Me encantó La Habana, pero quedé espantado de ver cómo esa simpática ciudad era degradada y convertida en un gigantesco garito y prostíbulo por los hombres de negocios norteamericanos que iban de Miami a pasar allí un divertido fin de semana. Mis compatriotas andaban tambaleándose por las calles, recogiendo a chicas cubanas de 14 años, y arrojando monedas a las cunetas para que los hombres se lanzasen a recogerlas. Era cosa de preguntarse, con ese espectáculo a la vista, si era posible que ningún cubano mirase a EE.UU. con otro sentimiento que el odio. Celebramos una larga serie de sesiones en el Hotel Nacional, caracterizadas

por la afición latinoamericana a los discursos interminables, y tuvimos conversaciones más provechosas con personalidades latinoamericanas en la mesa del almuerzo o en el bar. Fue entonces cuando conocí a José Figueres, de Costa Rica, quien dos años antes había hecho fracasar la primera tentativa seria de los comunistas por apoderarse de un gobierno latinoamericano. También conocí a figuras eminentes desterradas de su propio país, en particular a Rómulo Betancourt y a Raúl Leoni, de Venezuela, y a Juan Bosch, de la República Dominicana. Allí estaban Eduardo Frei y Salvador Allende, quienes 14 años más tarde habrían de disputarse la presidencia de Chile, así como el historiador colombiano Germán Arciniegas y dirigentes apristas del Perú. Aunque los recuerdos del imperialismo yanqui no habían desaparecido, aquellos demócratas latinoamericanos no habían perdido en absoluto sus esperanzas en EE.UU. y abrigaban la de que la política del "Buen Vecino" renacería algún día, y la influencia de EE.UU. sería puesta en apoyo de la democracia progresista en la América Latina. Pocos años después pasé algún tiempo en Costa Rica con Adolf Berle, como huésped del presidente Figueres, y las impresiones que recogí fortificaron aún más mi fe en una solución democrática progresista de los problemas de la América Latina.

Esta opinión encontraba escaso apoyo en los EE.UU. al comenzar la segunda mitad del presente siglo. El estímulo dado a la economía por los precios de las materias primas, primero por la Segunda Guerra Mundial y luego por la de Corea, prestaba fácilmente un matiz de verosimilitud al argumento de que la América Latina no tenía problemas económicos fundamentales. El gobierno de Eisenhower pudo así descansar en la cómoda doctrina de que las inversiones privadas llevarían por sí mismas el desarrollo a la América Latina, como se suponía que lo habían hecho

en EE.UU.; que la ayuda oficial debía limitarse a la asistencia militar y técnica; y que la manera de permitir que las inversiones privadas desempeñaran su papel era apoyar a los gobiernos que les crearan un clima "favorable" dejando tranquilos a los negociantes privados, y que garantizaran a los inversionistas, en particular a los inversionistas extranjeros, utilidades plenas y sin cortapisas, y asegurasen la estabilidad monetaria. Esto quería decir, por supuesto, gobiernos de derecha, y fue esa tesis, más bien que una preferencia innata por las dictaduras, lo que hizo que el vicepresidente Nixon fuera a La Habana para elogiar la "competencia y estabilidad" del régimen de Batista, y lo que movió al propio presidente Eisenhower a otorgar la Legión del Mérito a dictadores como Pérez Jiménez, de Venezuela (entre otras razones, por "su sensata política en materia de inversiones extranjeras") y Manuel Odría, del Perú. (Cuando el Vicepresidente visitó en la primavera de 1958 estos dos últimos países, derrocados ya sus dictadores, fue víctima del concepto que allí se tenía de que los EE.UU. estaban identificados con aquellos regímenes tan detestados.) La insistencia en la estabilidad monetaria como primer requisito recibió el caluroso apoyo del Fondo Monetario Internacional, que impuso la deflación a varios estados latinoamericanos como condición previa para concederles préstamos.

La política seguida en el decenio 1950-60, además de ir en contra de lo acostumbrado en nuestro país, resultó a todas luces inadecuada para hacer frente a los problemas de la América Latina, y nutrió la convicción abrigada por los latinoamericanos de que la finalidad esencial de los EE.UU. era el imperialismo económico. En consecuencia, nos colocó en posición muy desfavorable en toda la América Latina. Y la accesión de Fidel

Castro al poder en Cuba representó la transformación de un fracaso de nuestra política en una amenaza a nuestra seguridad continental.

Iniciamos en Buenos Aires la misión que nos había encomendado el presidente Kennedy. Si bien el presidente Frondizi había sido elegido como radical y nacionalista, su gobierno se había ido tornando cada vez más favorable a los EE.UU. en su política exterior, y al laissez-faire económico en su política interna. Particularmente notable era el cambio en la política exterior. La Argentina, tradicionalmente había resistido la orientación estadounidense en el Continente, buscando siempre el apoyo de Europa—ya fuese Gran Bretaña, la Liga de las Naciones o incluso la Alemania nazi —para contrarrestar los esfuerzos del gobierno de Washington por organizar un sistema interamericano. Pero los tiempos en que la Argentina podía aspirar a desempeñar un papel independiente habían pasado. En años recientes, el Brasil la había dejado tan atrás en todo sentido, que ningún argentino con clara noción de la realidad podía suponer que su país estuviese en condiciones de rivalizar con los EE.UU. por el predominio en el Continente. Frondizi, liberado de ese tradicional antagonismo, fue el presidente más amigo de los norteamericanos que ha habido en la historia argentina.

El paso al laissez-faire económico era más difícil de comprender, aunque se debía en parte a la ortodoxia económica del gobierno de Eisenhower y del Fondo Monetario Internacional. Cuando nos reunimos con el ministro de Economía Nacional, Alvaro Carlos

Alsogaray, éste nos hizo un resonante discurso sobre las virtudes de su política de "libre iniciativa". En realidad, esa política había hecho disminuir el ingreso nacional argentino en un 10% y los salarios reales hasta un 30%— como consecuencia de la cancelación de las escalas de pago por horas extraordinarias y los subsidios a los productos alimenticios—, y había llevado el país a tal grado de estancamiento y desempleo que era de preguntarse en qué basaba Alsogaray su auto-satisfacción. O bien, en el caso de que estuviera representando una escena para dejarnos contentos, ¿comprendía que en Washington se había producido un cambio de gobierno?

**‘En la Argentina,
un gobierno sin
energía y
fatigado’**

Frondizi era una figura que no dejaba de impresionar, con sus grandes ojos pardos y brillantes detrás de los enormes anteojos de carey. Daba la idea de ser muy sagaz y astuto y de tener gran dominio de sí mismo. Mientras hablábamos pasó por el despacho una delegación de niñas de

escuela; al parecer, Frondizi tranquilizaba a sus electores dándoles la oportunidad de verle trabajar.

Frondizi manifestó su escepticismo respecto del programa de Alimentos para la Paz y de las inversiones de carácter social en general. Esta era la reacción común que suscitaba en América Latina el programa creado en la Conferencia de Bogotá de 1960, que disponía el establecimiento de un Fondo de Progreso Social y un aumento de las inversiones destinadas a vivienda, educación y otras formas de bienestar social. Frondizi sostuvo que el desarrollo económico exigía fuertes inversiones de capital en la industria pesada,

y que si así se hacía, la nueva riqueza producida resolvería los problemas sociales. Un programa de crecimiento económico básico para todo el Continente, dijo, era la única forma de salvar a éste del comunismo.

Tal observación me dio la oportunidad de cumplir el encargo del Presidente y plantear el tema de Castro. Frondizi indicó que consideraba al régimen de Castro esencialmente comunista, pero añadió: "Castro no es el problema fundamental. Su eliminación no resolverá los males subyacentes. Lo que se necesita es atacar las condiciones que lo han traído a él. Si se elimina a Castro y se dejan intactas esas condiciones, surgirán nuevos Castros en todo el Continente." Nosotros manifestamos nuestro acuerdo con ese concepto, pero tratamos de señalar que la reforma económica y social, si bien muy deseable, no suprimiría la amenaza que representaba Castro para la unidad continental. ¿Qué medidas anticastristas apoyaría la Organización de Estados Americanos?, preguntamos. Frondizi contestó en forma muy oscura, diciendo por fin que la OEA tendría grandes dificultades para obrar porque varias naciones—México, Perú, Colombia, Brasil—vacilarían en solidarizarse con cualesquiera medidas contra Castro, por temor a las repercusiones políticas internas. No dio el menor indicio de lo que haría la Argentina, aunque, desde luego, sabíamos que no había aprobado todas las sanciones de la OEA en el caso de la dictadura de Trujillo. En general, su punto de vista era el de que podía hacerse muy poco en cuanto a Castro, salvo acelerar el desarrollo con vistas al futuro.

El mismo Buenos Aires me pareció deprimente. Característico de la situación era el hecho de que el notable escritor Jorge Luis Borges, a quien yo había tenido especial inte-

rés en conocer personalmente, estuviera recibiendo el equivalente de 60 dólares mensuales como director de la Biblioteca Nacional, menos, como él observó con amargura, que un barrendero público. En general, el gobierno parecía fatigado y carente de imaginación y de energía.

Cuando llegamos al Brasil, el contraste fue impresionante. Durante el gobierno de Juscelino Kubitschek, presidente cuyo período acababa de cumplirse, el solo impulso progresista había llenado al país de cierto dinamismo económico. Ese crecimiento no podía haber sido más errático, irregular e indisciplinado, y un economista brasileño nos describió a Kubitschek como "el playboy del desarrollo económico". Sin embargo, el Brasil, aún desafiando a los principios consagrados de la Hacienda y defraudando al Fondo Monetario Internacional, podía mostrar como resultados, no sólo una inflación desordenada y una malversación administrativa excesiva, sino también un sólido aumento en su infraestructura industrial y en su producción nacional. Con todo lo desenfrenado de este progreso, en cierto modo parecía mejor que el estancamiento de la Argentina, aunque cabía preguntarse si no existiría un término medio entre ambos.

Se tenían esperanzas de que el nuevo presidente, Janio Quadros, representase ese término medio. Como gobernador del estado de Sao Paulo había demostrado condiciones de severo administrador, y su discurso inaugural de pocos días antes denotaba una clara comprensión del enredo financiero que había heredado de Kubitschek. Reinaba en el nuevo gobierno una atmósfera tonificante y alentadora. Nuestras negociaciones sobre el programa de Alimentos para la Paz obtuvieron una respuesta concreta. Fue algo así como hablar con los jóvenes del Nuevo Trato

después de haberse dirigido al Departamento de Hacienda de EE.UU. en los tiempos de Andrew Mellon. Luego de un día de conferencias en Río, fuimos a Brasilia para ver a Quadros.

Pasamos en automóvil por las calles impersonales y siniestras de Brasilia, esa aterradoramente prefiguración de un futuro colectivo, y nos detuvimos ante el Palacio Presidencial. Sentado detrás del escritorio, en una sala con todas las cortinas corridas, estaba un hombre no muy alto, de rasgos correctos y bien delineados; sus ojos saltones, tras los gruesos anteojos, y el altivo bigote negro, daban a Quadros un parecido

desconcertante con un Jerry Colorina que fuese más delgado; pero de él irradiaba una energía contenida, y sus reacciones eran rápidas e incisivas. En la pared había un grabado en acero de Lincoln con la firma de éste, regalo de Nelson Rockefeller.

Quadros nos recibió cordialmente—la nuestra era la primera delegación extranjera que lo visitaba después de la inauguración de su período—y mostró vivo interés por el nuevo gobierno de Washington. Habíamos decidido no plantear la cuestión de Cuba, por cuanto Adolf Berle debía verle pocos días después. En cuanto al Brasil, Quadros dijo que la situación financiera era desesperada y que él tenía el propósito de exponer la realidad con la mayor franqueza posible a fin de preparar al país para la adopción de remedios enérgicos. Hablaba bien, pero en forma un tanto evasiva. No puedo pretender que haya vislumbrado la inestabilidad que luego lo llevó a su dramática renuncia; más bien me dio la impresión de pertenecer a la nueva

escuela de estadistas delfínicos, como De Gaulle; tenía algo del talento de éste para las expresiones sibilinas, esto es, frases gnómicas que suenan a nuevas y llenas de luz, pero que dejan las cosas lo bastante ambiguas para mantener vivas las esperanzas de todos los interesados. En mi informe a Kennedy escribí: "Los próximos meses dirán si hay en él algo más que un ingenioso engaño."

‘Una auténtica transformación social en el Altiplano

McGovern regresó a los EE.UU. mientras yo iba al Perú para completar la misión que me encargó el Presidente, en compañía de un grupo técnico de Alimentos para la Paz, que se dirigía a Bolivia, encabezada por James Symington y Stephen Raushenbush. El

proceso de la Revolución de Bolivia, que había comenzado de una manera vacilante con el levantamiento del M.N.R. en 1943, alcanzó su apogeo cuando éste volvió al poder en 1952, y durante la presidencia de Víctor Paz Estenssoro realizó una de las pocas transformaciones sociales auténticas que se conocen en la larga historia de sacudimientos políticos latinoamericanos. A pesar de la nacionalización de las minas de estaño y de otros pecados contra la libertad de empresa, el gobierno de Eisenhower había hecho con Bolivia una excepción a los cánones que aplicaba a la América Latina, y dándole más ayuda que a ningún otro país de esa región: alrededor de 150 millones de dólares.

Sin embargo, esta ayuda había producido muy poco en forma de estímulo a la economía o algún otro resultado visible, pues gran parte de ella se destinó a apoyar el presupuesto y lo restante a asistencia técnica. El presupuesto de Bolivia era de unos 35 millones de dólares anuales (menos que, por ejemplo, el de la Universidad de California) y

los EE.UU. habían sufragado una tercera parte. Pero, como condición para este subsidio, el gobierno de Washington había exigido que se supeditara a la estabilización de precios todo lo demás.

En 1960, el Secretario de Estado Adjunto a cargo de Asuntos Interamericanos llegó a declarar ante el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes, a propósito de un programa de desarrollo proyectado: "Tuvimos que decirle al gobierno de Bolivia que no podía destinar fondos a ese programa y que nosotros no íbamos a poner los nuestros." Esta decisión de buscar la estabilización monetaria a expensas del desarrollo, unida a la baja de los precios del estaño, condenó al país al estancamiento económico. Como dijo el presidente Hernán Siles, que había cumplido fielmente el programa de estabilización en el período 1956-60: "Los EE.UU. me han dado sólo suficiente cuerda para ahorcarme." Paz Estenssoro, cuyo segundo período presidencial había comenzado recientemente, se esforzaba por poner de nuevo en marcha a su pobre y aislado país.

Quien visita en La Paz el Palacio Presidencial, debe pasar frente al poste de alumbrado que hay del otro lado de la acera y del que colgó en 1946 el cuerpo del presidente Villarroel, como recuerdo y advertencia a sus sucesores de la inseguridad de la vida política (que ahora Paz Estenssoro puede tener presentes en sus reflexiones desde el exilio en Perú). Paz, hombre inteligente, acosado por la situación, comenzó con una sincera y elocuente exposición general en defensa de la revolución. La principal necesidad de la América Latina, dijo, era incorporar la parte pobre de la población a la economía monetaria y a la sociedad política, pero gran parte del Continente yacía en un estado semifeudal, en el cual los muy pobres, y especialmente los indios, vivían bajo el dominio de la oligarquía

terrateniente que se creía destinada a gobernar por derecho divino. Y añadió que cuanto más resistiera la oligarquía a los cambios, más violenta sería la revolución cuando se produjera, y que Perú y Ecuador, sobre todo, se hallaban muy próximos al punto de explosión social.

Respondí que muchos norteamericanos coincidían con ese análisis, y que hasta un gobierno republicano había prestado el apoyo financiero marginal que había salvado a la Revolución Boliviana del desastre. En cuanto la revolución significase una transformación social saludable, podía contarse con las simpatías del gobierno de Kennedy pero no si significara dictadura, represión y entrada en el Continente de fuerzas extrañas. Agregué que los dirigentes del gobierno de Bolivia tenían, por cierto, la gran responsabilidad de mantener la integridad de su revolución.

"Hay mucha pobreza en mi país —repuso Paz—, y los comunistas se han erigido en los defensores de las demandas justas de los trabajadores y los campesinos. Nos es difícil, pues, oponernos a ellos sin que parezca oposición a lo que consideramos un programa social justo." Pero, con tono sombrío, admitió la posibilidad de que los comunistas intentasen apoderarse de Bolivia, como lo habían hecho de Cuba, y añadió que desde la revolución de Castro los comunistas se habían mostrado particularmente eficaces en conquistar adherentes y forzar la situación.

Aproveché la oportunidad para formular la pregunta que interesaba a mi Presidente, y Paz contestó sin vacilar: "Castro debe ser eliminado." Expresé mi deseo de saber cómo podría hacerse eso, en su opinión. Dijo que lo primero era apretarle las

clavijas económicas, y luego lanzar una campaña educativa para informar al Continente del verdadero carácter del régimen castrista; después . . . pero en este punto murmuró algo sobre la OEA y se perdió en vaguedades. Creo que podría definirse su actitud como formada en partes iguales por un fuerte temor a Castro, una ferviente esperanza de que los EE.UU. librasen al Continente de él y una profunda repugnancia a apoyar, salvo en una forma muy indirecta, las iniciativas anticas-tristas.

Cuando volví a Lima encontré al jefe del A.P.R.A., Víctor Haya de la Torre, más categórico todavía en su condenación de Castro. Un automóvil me llevó a un lugar escondido en las afueras de la ciudad para visitar al más antiguo de los demócratas radicales de la América Latina. Acababa de regresar al Perú después de una larga ausencia en Europa, y estaba aún lleno de júbilo por el entusiasmo de los 200.000 leales apristas que le habían dado la bienvenida pocas horas antes. Parecía más joven de lo que sus 66 años hubieran hecho presumir, feliz y seguro de sí mismo, notablemente exento de amargura, si se tienen en cuenta sus años de desilusiones y persecuciones, y conmovedoramente confiado en el futuro. En cuanto a Cuba, consideraba al régimen de Castro como la gran amenaza para la democracia progresista en toda América, y pensaba que la OEA podría tal vez estudiar la posibilidad de invocar el tratado de Río de Janeiro de 1947, por el que se condenaban las agresiones en el Continente.

Haya de la Torre habló con mucha simpatía de Kennedy y de las menciones hechas por éste a una alianza para el progreso en su mensaje al Congreso. El nuevo Presidente norteamericano, dijo, tenía una oportunidad sin precedentes de elevar el Continente a un nuevo nivel de unidad. La política del "Buen Vecino" había sido muy eficaz en su hora,

pero, a pesar de su intención amistosa, había sido unilateral. Lo que las repúblicas latinoamericanas deseaban de EE.UU. era una sincera coordinación de la política continental mediante un sistema de consultas y, sobre todo, mediante la disposición y la voluntad de crear un fondo común de ideas en América. Puesto que el gobierno de Washington había renunciado al imperialismo, las relaciones entre los EE.UU. y la América Latina eran principalmente "cuestión de estilo".

También se manifestó optimista acerca de las perspectivas del A.P.R.A. en el Perú, y criticó a Belaúnde Terry y su partido por la presunta colaboración con los comunistas. Sin embargo, cuando días después pasé una noche con un grupo de jóvenes intelectuales peruanos, todos descartaron al A.P.R.A., considerándolo como un partido viejo y cansado, un partido de la anterior generación. Coincidieron en afirmar que el A.P.R.A. tenía poco que decir a la juventud, que poseía el sentido de la organización, pero carecía del sentido de la vocación, y que los espíritus nuevos y dotados de vitalidad tenían sus esperanzas puestas en Belaúnde. Al mismo tiempo, ridiculizaron la idea de que éste colaboraba con los comunistas.

Mi última escala fue Caracas. No había visto a Betancourt desde la reunión de La Habana, más de 10 años antes. Hasta fines de la década del 50, Betancourt había llevado la existencia del exilado político—perseguido por los agentes de Pérez Jiménez, el brutal dictador venezolano—, y durante un tiempo fue blanco de la hostilidad del Departamento de Estado norteamericano, hecho por el cual no parecía guardar rencor alguno. Cuando regresó a Venezuela, tras la caída de Pérez Jiménez, fue elegido Presidente de la República, y tenía la esperanza de ser el primero en la historia venezolana que terminara su

período. En 1960, Trujillo hizo lo posible por malograr esa esperanza, enviando un grupo de asesinos para que lo mataran; éstos cargaron de dinamita un automóvil estacionado, que estalló al pasar Betancourt durante un desfile. Cuando las llamas invadieron el automóvil presidencial, Betancourt se cubrió la cara con las manos, habiendo sufrido terribles quemaduras en ambos dorsos; pero por lo demás quedó ileso. El hombre que estaba sentado a su lado resultó muerto.

Después de pasar un rato en la terraza, bebiendo jugos de frutas, Betancourt propuso que diéramos una vuelta por la ciudad. Al subir al coche, apartó de un puntapié un par de ametralladoras, si bien fuera de esto las precauciones tomadas para resguardarlo eran discretas e invisibles. Mientras nos poníamos en marcha, Betancourt se frotó con ungüento los tejidos cicatrizados y agrietados de las manos, diciendo en inglés, al par que reía de buen humor: "Esto es por Trujillo, ¿eh?" A nuestro regreso hubo una cena muy agradable con varios dirigentes de Acción Democrática, entre ellos Rómulo Gallegos, el novelista y ex presidente. Más tarde, esa misma noche, Betancourt, que es un entusiasta aficionado al cine, hizo que se pasara *El ángel azul* en una pantalla armada en el jardín, y allí nos quedamos muy a gusto, fumando cigarros Monte Cristo y contemplando a Marlene Dietrich cuando era joven, rodeados por el perfume de las buganvillas y bajo la pálida luz de una luna llena.

Betancourt fue, con mucho, el que más impresionó de los políticos latinoamericanos. Recio y sonriente, daba la sensación de fuerza, de autoridad y de vitalidad inextinguibles. Nuestra charla durante aquellas ocho horas versó sobre una variedad de temas; me preguntó por el nuevo gobierno norteamericano, señalando las esperanzas que el presidente Kennedy había despertado ya en todo

el Continente. Cuando traje a colación el nombre de Castro, repitió una observación que le había hecho Quadros después de visitar a Cuba:

"Esa gente no tiene objetivo, ni meta, ni doctrina, ni ideología. Es un gobierno por epilepsia." El propio Betancourt, sin embargo, no tenía ninguna duda sobre la dirección ideológica que tomaba el régimen de Castro. El personalismo de la política latinoamericana, dijo, era una gran causa de debilidad en aquellos países. Sin partidos democráticos fuertes, como el de Acción Democrática, la tentación de confiar en la disciplinada organización de los comunistas era muy difícil de resistir para un hombre como Castro, y tal vez hasta para uno como Quadros. En cuanto a la política continental respecto a Castro, sostuvo que si la OEA tomaba primero medidas contra Trujillo, sería más fácil unir a las repúblicas americanas contra Castro. Además de esto, era necesario utilizar todos los recursos de la democracia progresista para combatir la pobreza, el analfabetismo y las injusticias.

El interés del presidente Kennedy por la América Latina tenía su origen en un viaje que a ella hizo en 1940. Durante la mayor parte del decenio 1950-60, Kennedy había compartido la preferencia general de los círculos oficiales de Washington por los problemas de Asia, hasta que a fines de ese decenio la agitación reinante en Sudamérica—y en especial el desastroso viaje del vicepresidente Nixon—hizo renacer su interés por los asuntos del Continente. Era obvio que, si en Sudamérica se apedreaba y escupía al Vicepresidente de los EE.UU., aun teniendo en cuenta las dotes de Nixon para suscitar animosidad personal, el prestigio de nuestro país había bajado bastante desde los días de la política del "Buen Vecino". En un

discurso pronunciado en Puerto Rico a fines de 1958, pocos días antes de que Fidel Castro entrara en La Habana, Kennedy recomendó que se diera de nuevo prioridad a la América Latina en la política exterior norteamericana. Atacó la ilusión predominante en los EE.UU. de que "toda agitación en la América Latina es inspirada por los comunistas, de que toda voz antinorteamericana es la voz de Moscú y de que la mayoría de los ciudadanos latinoamericanos comparten nuestra consagración a una cruzada anticomunista, a fin de salvar lo que llamamos libertad de empresas". Y apoyó varias proposiciones concretas, entre ellas la del Banco Interamericano, los convenios sobre productos básicos, los préstamos para fomentar la reforma agraria y la ampliación de los programas de intercambio cultural y educativo.

El hombre de confianza de Kennedy para los asuntos latinoamericanos era Richard Goodwin, quien después de recibirse en 1958 por la Facultad de Derecho de Harvard, había ido a Washington como abogado auxiliar de Félix Frankfurter, magistrado de la Corte Suprema. En el otoño de 1959 pasó a la oficina del senador Kennedy y pronto se demostró más hábil que nadie, con excepción de Sorensen, como redactor de discursos; también demostró su capacidad para abordar cualquier problema, por nuevo y complicado que fuera, absorber sus puntos esenciales con rapidez y penetración y concebir ideas para su resolución. Kennedy estaba encantado con su celeridad, su ingenio, su imaginación y la pasión que ponía en todo cuanto hacía.

La amistad de Goodwin con Karl Meyer, que escribía editoriales sobre la América

Latina para The Washington Post, le había dado cierto conocimiento de los problemas y las personalidades de aquella región, aun antes de relacionarse con Kennedy. Durante la campaña presidencial, éste citó repetidamente la América Latina como un serio fracaso de los republicanos en su política exterior. Cuando llegó el momento de hacer una

exposición oficial y completa de las opiniones de Kennedy sobre la América Latina, Goodwin fue encargado de preparar el borrador del discurso, que debía ser pronunciado en el Alamo. Fue entonces, en un ómnibus de campaña electoral que atravesaba el estado de Texas en sep-

tiembre de 1960, cuando trató de pensar en un término que expresara para Kennedy lo que "Buen Vecino" había expresado para Roosevelt; mientras le daba vueltas al asunto en su mente, su mirada se posó por casualidad en el título de una revista en español que alguien había dejado sobre un asiento en Arizona. La revista, publicada por la Alianza Hispano-Americana de Tucson, se llamaba simplemente Alianza. Kennedy convino en que la palabra "alianza" debía formar parte de la frase, pero, ¿alianza para qué? Goodwin telefoneó a Karl Meyer, para ver lo que se le ocurría a éste, y Meyer llamó a su vez a Ernesto Betancourt, un cubano que al principio había apoyado la revolución de Castro, pero luego rompió con él y estaba ahora trabajando en la Unión Panamericana. Betancourt sugirió dos posibilidades: Alianza para el Desarrollo y Alianza para el Progreso. Cuando Meyer le comunicó la idea a Goodwin, éste se rio y dijo que Kennedy nunca podría pronunciar en español Alianza para el Desarrollo. Además, el vocablo "progreso" tenía la ventaja de ser casi igual en ambos

‘Porvenir lleno de riesgos pero radiantes de esperanzas’

idiomas. En vez de pronunciar el discurso sobre la América Latina en septiembre y en el Alamo, Kennedy lo dio en octubre frente al tribunal del condado de Tampa, Florida. Como se encontraba ante un auditorio inquieto y al aire libre, no leyó todo el texto preparado. Pero cuando terminó dijo a Goodwin que lo consideraba un discurso muy importante y deseaba que se diera a la publicidad íntegramente, en forma de declaración. El discurso llegó a su punto culminante cuando Kennedy manifestó su fe "en un Hemisferio Occidental donde todos los pueblos—los americanos del Sur y los americanos del Norte—estén unidos en una alianza para progreso". (Por razones de eufonía, Goodwin [desde el punto de vista de un norteamericano] había suprimido de la frase la palabra "el", dejando alianza para progreso, pero luego los puristas de la Agencia de Información de los EE.UU. insistieron en que fuese reincorporada.) La Alianza significaría, dijo Kennedy, "un gran esfuerzo común para desarrollar los recursos de todo el Continente, consolidar las fuerzas de la democracia y aumentar las oportunidades de formación profesional y de educación para todos los habitantes de todas las Américas". También debía significar "consulta constante" con las naciones latinoamericanas sobre los problemas continentales y mundiales. Más específicamente, la Alianza entrañaría varias orientaciones nuevas en la política de los EE.UU.:

► "Apoyo inequívoco a la democracia" y oposición a la dictadura.

► Provisión de "fondos a largo plazo para el desarrollo, que son esenciales para las economías en crecimiento".

► Estabilización de "los precios de los principales productos básicos de exportación".

► Ayuda a los "programas de reforma agraria".

► Fomento de las inversiones privadas extranjeras y estímulo a los hombres de negocios "para que se sumerjan en la vida del país en que actúan . . . mezclando sus capitales con los nacionales, dando formación profesional a los habitantes para que puedan cumplir tareas especializadas y utilizando en el mayor grado posible mano de obra del país".

► Ampliación de los programas de asistencia técnica.

► Ampliación de los programas de intercambio de estudiantes y de información.

► Un acuerdo sobre limitación de armamentos en el Continente.

► Consolidación de la OEA.

► Designación de embajadores que comprendan los problemas de la América Latina y se preocupen por ellos.

Hacia fines de febrero de 1961, Dick Goodwin estaba enfrascado en la labor de dar forma a la Alianza. Había convocado a representantes de todos los organismos que tenían algo que ver con la América Latina a una reunión en la Sala del Pez (así llamada porque Roosevelt había puesto en la pared un pez disecado; manteniendo la tradición, Kennedy tenía entonces en la sala un gran pez volador, que él mismo había pescado). Después de rogar que quienes tuviesen ideas o planes los expusieran, Goodwin levantó la reunión, pidiendo que cada organismo presentara sus recomendaciones en el plazo de una semana. Cuando, el 4 de marzo, volví de la América Latina, lo encontré sentado en su

oficina, en el ala oeste de la Casa Blanca, detrás de un escritorio en que había una enorme pila de memorándums de todas las dependencias del gobierno.

La tarea de Goodwin consistía entonces en convertir ese revoltijo de recomendaciones en un programa coherente de acción; por fin, decidió buscar un refugio en su casa de Georgetown, de la cual salió uno o dos días después con un anteproyecto. Ted Sorensen, a quien se lo mostró, opinó que el programa debía ser formulado, al estilo de Kennedy, en forma de enumeración. El secretario de Estado, Dean Rusk, que leyó el texto siguiente, propuso, dentro de la tradición de la Fundación Rockefeller, un comentario final en que se invitara a la América Latina a enriquecer la vida espiritual de los EE.UU. mediante el intercambio educativo y cultural. El propio Departamento de Estado, en un pasajero estado de aquiescencia, omitió su objeción automática al uso de la palabra "revolución". Luego Kennedy leyó con especial cuidado el borrador, reforzando algunos puntos, suavizando otros.

El 13 de marzo se reunió en el Salón Este de la Casa Blanca el cuerpo diplomático latinoamericano. Aquella semana se cumplían 139 años de la fecha en que los EE.UU. habían reclamado el reconocimiento de las repúblicas latinoamericanas que luchaban por independizarse de España. Kennedy señaló que la Revolución iniciada en Filadellia en 1776, y en Caracas en 1811, no estaba terminada, "pues nuestra obra, aún incompleta—añadió—es demostrar al mundo entero que la aspiración insatisfecha del hombre por el progreso económico y la justicia social pueden realizarla mejor los hombres libres que trabajan dentro de un sistema de instituciones democráticas". Los EE.UU. habían cometido errores en el pasado; por su parte, los latinoamericanos habían olvidado

"la urgente necesidad de elevar al pueblo de la pobreza, la ignorancia y la desesperación". Era ya hora, dijo, de alejar la mirada de las equivocaciones del pasado y ponerla en un porvenir "lleno de riesgos pero radiante de esperanzas".

"He convocado a todos los pueblos del Continente—continuó— para que nos unamos en una nueva Alianza para [el] Progreso, en un vasto esfuerzo de colaboración sin paralelo en cuanto a su magnitud y a la nobleza de sus fines, para satisfacer las necesidades fundamentales de los pueblos americanos: techo, trabajo y tierra, salud y escuelas.." El Presidente pronunció estas últimas palabras en español, valientemente, pero con el acento de Nueva Inglaterra.

Fue un acto extraordinario. Las personas que estaban en el Salón Este se inflamaron de entusiasmo cuando el joven Presidente pronunció esas palabras decididas e idealistas. Hubo grandes aplausos. Goodwin y yo nos mezclamos con el grupo que comenzaba a dispersarse, y encontramos cierto grado de duda y escepticismo todavía, pero casi todos estaban conmovidos. El embajador de Venezuela me tomó del brazo, y dijo entusiasmado: "No oíamos palabras como éstas desde la época de Franklin D. Roosevelt." El porvenir del Continente parecía iluminado por la esperanza.

La única nube oscura que se cernía sobre nosotros seguía siendo el "fidelismo". No hay leyenda más arraigada que la de que el gobierno de Washington "echó" a Cuba en brazos de Moscú. La verdad es que la Revolución Cubana disfrutó en los EE.UU. de grandes simpatías en los primeros meses de 1959. Cuando Castro visitó este país en la primavera, su viaje tuvo aspectos de desfile triunfal. Yo me encontré con él en el Club de

los Profesores de Harvard, en Cambridge, muy apuesto en su uniforme verde oliva, y aquella misma noche le oí hablar a varios millares de estudiantes en el Estadio de Harvard. Pronunció una elocuente arenga, memorable sobre todo por su atrayente habilidad para hacer chistes en inglés; los estudiantes lo escuchaban encantados, y creo que veían en él a un hombre joven y al día con su época, que en la edad del organization man (el hombre regimentero) había desafiado alegramente al sistema imperante, reunido una docena de amigos y derribado a un gobierno de viejos picaros.

Incluso el gobierno de Eisenhower abrigó durante algún tiempo la esperanza de poder entenderse con él. Conviene aclarar que la política oficial con respecto a Castro había sufrido mayor confusión que la habitual. El primer embajador de Eisenhower, Arthur Gardner, era resueltamente favorable a Batista; su sucesor, Earl E.T. Smith, confiaba en que Batista se fuera sin hacer escándalo, en tanto que el Departamento de Estado tenía la certidumbre de que Batista iba a ser derrocado. Ya en marzo de 1958 se suspendieron los envíos de armas a Batista, pero la misión militar norteamericana permaneció en Cuba, fórmula de transacción que dejó a ambos bandos descontentos. Cuando Batista huyó del país, el gobierno de Washington reconoció prontamente al gobierno revolucionario, y en marzo de 1959 envió a La Habana un nuevo embajador, Philip Bonsal, un diplomático de carrera muy capaz y de ideas liberales, que se había conquistado la profunda antipatía de la dictadura de Rojas Pinilla en Colombia y luego la confianza de los dirigentes de la Revolución Boliviana. Cuando Castro llegó a Washington en abril, el Departamento

de Estado organizó reuniones con los miembros de su delegación especializados en asuntos económicos, para tratar de un programa de asistencia a Cuba.

Pero Castro había dado instrucciones a tales funcionarios, con gran asombro de éstos, de que no plantearan la cuestión de ayuda económica. Ya en la primavera de 1959 Castro parece haber resuelto asignar a los EE.UU. el papel de enemigo de la Revolución.

La hostilidad del gobierno norteamericano le daría buena excusa para varios fines: anular las elecciones, suprimir la oposición política e intensificar las medidas de control interno. Es notable el hecho de que Castro mismo nunca usó, ni entonces ni después, el argumento a

menudo esgrimido por sus simpatizantes en otros países, de que el rechazo de los EE.UU. lo empujó hacia la Unión Soviética. El "Ché" Guevara negó en 1964 que Fidel Castro hubiera podido dejarse seducir por los halagos del gobierno norteamericano.

El evidente placer que sentía Castro en fusilar a los "batistianos" después de unos procesos de circo, escandalizó a la opinión pública norteamericana, y a su vez esta reacción, en contraste con la anterior indiferencia de los norteamericanos ante el terror del régimen de Batista, escandalizó a los cubanos. El Departamento de Estado se obsesionó con el problema de lograr que los residentes norteamericanos en Cuba fueran justamente indemnizados por los bienes raíces y comerciales confiscados. La Habana interpretó esto como la enemistad prevista del sector de negocios de EE.UU. hacia la reforma cubana. El gobierno de Washington se sintió perturbado

**‘Lo que se
necesita es un
programa
positivo’**

por la ininterrumpida oratoria antiyanqui de Castro, mientras que el de La Habana protestaba por los bombardeos realizados por exilados con aviones aparentemente lanzados desde aeródromos privados de la Florida. Estas recriminaciones no hicieron más que confirmar en Castro una decisión tomada por otros motivos. Bonsal, a pesar de toda su simpatía por la Revolución, tenía cada día más dificultades hasta para conseguir entrevistarse con Castro; sin embargo, seguía abogando por una política de moderación, a fin de que fuera más arduo para Castro volcarse al otro lado. Si los EE.UU. representaban el papel que el líder cubano les había señalado, pensaba Bonsal, no harían sino ayudarle con sus propósitos.

Había en Washington otras personas—en particular el vicepresidente Nixon, que habló con Castro durante la visita de éste, y desde el primer momento desconfió de él—que reclamaban una política más enérgica, aunque sólo fuese con carácter eventual. Pero todavía en enero de 1960 el gobierno norteamericano hizo un nuevo esfuerzo para llegar a un entendimiento, usando como intermediario al Dr. Julio A. Amoedo, embajador argentino en La Habana y amigo personal de Castro. Parece haber habido otra tentativa más, en marzo, por conducto de Rufo López Fresquet. En la mañana del 17 de marzo de 1960, el presidente Dorticós rechazó esta última proposición norteamericana. López Fresquet le respondió que sólo había permanecido como ministro de Hacienda en la creencia de que el gobierno de Cuba quería resolver sus divergencias con el de EE.UU., y si Castro consideraba imposible una reconciliación, él deseaba renunciar. Dorticós aceptó inmediatamente su dimisión. El mismo día, el presidente Eisenhower dio el visto bueno a una recomendación de la Oficina Central de Inteligencia (C.T.A.), para el adiestramiento

de una fuerza de exilados cubanos con miras a su posible utilización contra Castro.

[Recordando siempre que los republicanos atribuían la caída de China en manos de los comunistas a la débil política exterior de los demócratas, Kennedy encaró así el problema de Cuba que había heredado de Eisenhower.] Para Kennedy, la cuestión de Cuba constituía una tentación como tema político y, a medida que se aceleraba el ritmo de la campaña electoral, la política empezó a chocar con su innato sentido de responsabilidad. En cierta ocasión, hablando de Cuba con sus ayudantes, les dijo: "Está bien, pero, ¿cómo habríamos salvado nosotros a Cuba?" Se detuvo, miró por la ventana, y añadió: "¡Qué demonios! Nunca nos dijeron ellos cómo habrían salvado a China."

¿Pero, qué hacer con Castro, entonces? Kennedy me había dicho en Hyannis Port: "No podemos hacer nada, excepto por intermedio de la OEA, y la mayoría de sus miembros no quieren hacer nada. Lo más que podemos esperar es que no se extienda la influencia de Castro, mediante una ayuda sincera a la democracia en los demás países latinoamericanos". Así, pues, inmediatamente después de su elección, Kennedy estaba ya preocupado porque se pusiera en acción un programa positivo para toda la América Latina. El 14 de noviembre, sin embargo, pidió a John Sharon que le presentara un juicio documentado sobre la eficacia de la prohibición de comerciar con Cuba y sobre las posibilidades de un acercamiento. Cuatro días más tarde, Allen Dulles y Richard Bissell, de la C.I.A., le comunicaron por primera vez la existencia del proyecto de formación de una fuerza anticastrista en Guatemala.

KENNEDY: 'LA AMERICA ES LA ZONA DE MAYOR IMPORTANCIA EN EL MUNDO ACTUAL

Considero la América Latina—dijo el Presidente a comienzos de 1963— como la zona de mayor importancia crítica que hay en el mundo actual." En consecuencia, trató de poner nuestra política continental en las manos más capaces que fuera posible. Adolf Berle, como director del Equipo de Trabajo sobre la América Latina, continuaba recomendando la creación del cargo de subsecretario de Estado a cargo de Asuntos Latinoamericanos, con facultades para dirigir tanto los aspectos políticos como los económicos de la acción oficial; pero, como era de prever, el Departamento de Estado se oponía por razones burocráticas. Cuando Thomas Mann salió de Washington poco antes del episodio de la Bahía de Cochinos para asumir la embajada en México, Kennedy quiso persuadir a alguna personalidad de relieve público que ocupara su lugar como secretario de Estado adjunto a cargo de Asuntos Interamericanos; la búsqueda del reemplazante fue desalentadora y se perdieron muchas semanas valiosas hasta la designación de Robert F. Woodward para el cargo. Durante ese tiempo, el manejo cotidiano de los asuntos relativos a la América Latina permaneció en manos de la administración permanente, esto es, de los inmutables funcionarios del Departamento de Estado y del organismo de ayuda, quienes estaban convencidos de que sólo ellos comprendían a los "latinos" y descartaban la Alianza para el Progreso como un lema sobrante de la campaña presidencial. -

Era gente honesta y consagrada a su labor, pero su ciega fidelidad a los conceptos del decenio anterior, a los regímenes conservadores en materia política, y a la iniciativa privada y la asistencia técnica en el campo económico, hacía que estuvieran muy mal preparados para competir con Fidel Castro por la adhesión de una parte del Continente que se hallaba en fermentación revolucionaria. Y a medida que comenzaron a advertir que el nuevo Presidente se proponía hacer lo que decía, parecieron sentirse amenazados por la nueva política, como si temieran que devorase sus funciones y su importancia profesional. "Para conseguir cambios democráticos en la América Latina—me dijo en junio uno de los pocos funcionarios designados por Kennedy para la Dirección de los Asuntos Interamericanos—es preciso contar con personas resueltamente partidarias de los cambios democráticos. En este grupo no hay entusiasmo, ni objetivos, ni dinamismo. '¿Qué quebradero de cabeza nos espera hoy?', es su actitud. Oponen una resistencia pasiva a las ideas nuevas y frescas. No comprenden las fuerzas actualmente operantes en la América Latina. No tienen interés por los sectores intelectuales, por el movimiento sindicalista ni por la izquierda democrática. No hacen más que sentarse alrededor de una mesa y hablar. Cuando se propone algo, lo debaten largas horas y terminan concretando 10 razones para hacerlo y 12 para no hacerlo. . . Estamos tratando de presentar una nueva imagen ante la América Latina. Pero si nuestros funcionarios conservan las mismas actitudes y emplean los mismos lugares comunes, la América Latina nos va a tomar por la misma gente de antes."

El contraste entre dos memorándums enviados aquel verano por el Departamento de Estado a la Casa Blanca en el mismo día es un buen ejemplo. Uno se refería al obsequio hecho a Kennedy por el presidente Betancourt de una colección autografiada y especialmente encuadernada

de sus discursos; el Departamento recomendaba que no se hiciera un acuse de recibo oficial y proponía que el propio Departamento diera informalmente las gracias a Betancourt por intermedio de la embajada de Venezuela. El segundo memorándum trataba de un obsequio hecho por un embajador paraguayo al Presidente, de un libro que el propio memorándum definía como "en esencia una apología del actual régimen del Paraguay". Acompañaba al libro una carta de su autor, en que se vituperaba a los opositores del gobierno paraguayo—algunos de los cuales acababan de firmar una declaración en apoyo de la Alianza para el Progreso—, diciendo que estaban "en liga con el comunismo". En este caso el Departamento había redactado una efusiva nota de agradecimiento al autor, que deseaba fuera firmada por alguien de la Casa Blanca. Nuestra opinión en la Casa Blanca fue precisamente la contraria: que debíamos expresar simpatía por el gobierno progresista de Betancourt y frialdad por la dictadura de Stroessner, y que por lo tanto Betancourt debía de recibir una carta del Presidente, y el paraguayo unas palabras informales de gracias, por conducto de la Embajada.

Bastantes preocupaciones y ansiedades precedieron al viaje de Kennedy a Caracas en diciembre de 1961. En el Departamento de Estado había quienes, recordando la gira de Nixon tres años antes, se preguntaban si con ello no se correrían riesgos innecesarios. Sin embargo, Goodwin y Morales Carrión argüyeron resueltamente a favor del viaje, y el propio Kennedy, en una actitud característica suya, se encogió de hombros y decidió seguir adelante con el proyecto. Jacqueline, que para esa oportunidad dio un repaso a su español, lo acompañó. Cuando el avión presidencial volaba ya sobre Caracas, Kennedy, recordando las seguridades dadas por Goodwin, dijo con seco humorismo: "Pues como esto no salga bien, Dick, mejor será que siga usted para el Sur."

Imágenes de la nota: Están en el orden que aparecen en la publicación



En un emocionante mensaje dirigido a los embajadores latinoamericanos, el presidente Kennedy abogó por la ejecución inmediata de la *Alianza para el progreso*. Se hallaban también presentes en la Casa Blanca Mrs. Kennedy, el vicepresidente Johnson y su esposa



En América Latina el magnetismo de Kennedy atrajo siempre a las multitudes.

Arriba en

Colombia aparece saludando a unas señoras en un barrio de viviendas rurales, a la derecha se lo ve asediado por la gente en Caracas; y a la extrema derecha con el presidente López Mateos, durante la entusiasta recepción que le dio la ciudad de México



El equipo de Kennedy para la América Latina posa con el secretario de Estado, Dean Rusk. Aparecen aquí desde la izquierda, Hayden Williams, John Leddy, Rusk, Adolf Berle, Thomas Mann, Lincoln Gordon y Theodore Achilles



Kennedy acompaña al presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, durante su visita a Washington en 1963

En San José, Costa Rica, en 1963, Kennedy se reunió con siete presidentes centroamericanos que posan junto a él.



Bogotá recibió en 1961 a Kennedy y a su esposa, retratados aquí con el presidente de Colombia, Alberto Lleras.

En sus viajes por la América Latina, Kennedy trataba siempre de acercarse al pueblo. Aquí conversa con unos obreros venezolanos.



Kennedy anunció su plan de la Alianza para el Progreso en LIFE en español, el 6 de marzo de 1961